

Kafka y la metamorfosis de la violencia

Y pondrá su mano sobre la cabeza de su ofrenda y después la degollará delante del tabernáculo del testimonio.

Y los hijos de Aarón rociarán su sangre sobre el altar en derredor.

Levítico. Cap. 1 vers. 4 y 5

Me exijo habitar este espacio. Estoy forzada a hacerlo. Este podría ser el título de mi propio desconocimiento. En esta sociedad que repentinamente me priva de esperanzas y de luces he aprendido a sentirme una extraña. Privada de una tierra prometida, me interrogo, me inclino sobre mí misma y me pierdo en remolinos vertiginosos o densas redes. Ante todo descubro una contradicción, también el divorcio que me separa de ella.

Estoy presa en mis verdades y en mis mentiras. Sin embargo soy una mujer dispuesta a ponerme de acuerdo conmigo misma. «Escribir significa abrirse desmesuradamente, la más extrema franqueza y la más extrema entrega en la que todo ser por sí cree perderse», le dice Kafka a Felice Bauer.

Escribiré desnuda, a cuerpo descubierto, contemplando mis propios estremecimientos. Hablaré de costado, como siguiendo una huella, mientras quedo capturada en la trama profunda de una escritura que compromete mi vida en cada párrafo de mi historia.

Este será un encuentro entre la invención poética y el acontecer histórico; singular encrucijada de fuerzas opuestas. Las palabras se convierten en nudos y alianzas o bien son formas vacías que me exponen vulnerable y mortal. Destino irritante o balsámico, siempre político de la literatura. La escritura, como cualquier otro espacio vital, soporta, retiene y reproduce las represiones y los puntos ciegos en torno de los cuales se estructura

el inconsciente. Necesito comprender, tengo hambre de lucidez y claridad. «Comprender es ante todo unificar», dice Camus.

El veredicto

He leído un cuento: «El veredicto» de Kafka. Este relato me arrojó en un hueco plural de mi existencia que me exige reflexionar, una vez más, sobre los surcos incandescentes de mi historia y que él, Kafka, puede deducir sin engaño y escribir a cuerpo abierto. Debo entregarme y confiar, Kafka me obliga a habitar un universo rigurosamente cierto.

«El veredicto», es un cuento que Kafka escribió en la noche del 22 al 23 de septiembre de 1912. Gira alrededor de una carta que Georg Bendemann escribe a un amigo para informarle de su próximo casamiento. La carta da lugar a un violento altercado con su padre. Se realiza entonces un verdadero proceso, al cabo del cual el padre pronuncia su veredicto: «Te condeno a morir ahogado». El hijo, Georg Bendemann, siente que no tiene otra salida que saltar desde el puente y arrojarse al río. *La violencia insatisfecha encuentra siempre una víctima propiciatoria.*

Kafka teje la trama del sacrificio del hijo en el nombre del padre. Este pacientemente dispone los ingredientes de su posesión. El lugar donde se instala la alianza erótica y mortal entre ambos se nutre de buenos deseos y de maldiciones, a través de los cuales se pone de manifiesto la pasión de las palabras por demoler a un ser.

Escapar. Huir de la angustia de un padre vaciado que desde lo alto de un trono grotesco impone su capricho como un viejo niño incestuoso. El asesinato del hijo es el resultado de la descomposición del padre. ¡Ah, la perversa inocencia del deseo de los padres!

En el parricidio como en el filicidio se ha instalado la reciprocidad violenta. *El poder se va transformando en voluntad de tortura.* ¿No es asombrosa la bestia en la que podemos convertirnos sin demasiado esfuerzo? Un padre que condena a su hijo a muerte, marca el final de toda justicia humana. Un altercado que culmina en suicidio no se parece en nada a una discrepancia. «El suicidio, el homicidio y el sacrificio no se prestarían a ningún juego de sustituciones recíprocas si no estuvieran emparentados» (Girard).

La tragedia desencadenada por la violencia se gesta allí donde terminan las ilusiones, donde se agota la esperanza y desaparece la imparcialidad. Cuanto más tiempo se prolongan los antagonismos, más se facilita la «mímesis violenta» y se multiplica el efecto de espejo de los adversarios. Georg Bendemann se convierte en el doble de su padre. La angustia que

este cuento exhala me resulta por momentos intolerable. Kafka me abruma, sin embargo no puedo dejar de preguntarme: ¿Ese ser hostigado y condenado soy yo?

Kafka y yo

Kafka se ha acercado y se ha metido en mi vida más allá de mi control. Exige mi adhesión emocional e intelectual a su personaje, mientras él mismo parece abandonarlo y desentenderse. Me comprometo a participar en su trama e intenta hacerme creer que él está a buen resguardo de lo que sucede en su narración. Por momentos me desespera su indiferencia. Hace pasar por natural el suicidio de Georg Bendemann, cuando es un acto que precisamente quiebra el orden natural.

Imagino al buen Kafka como a un ciudadano simple, un hombre de buena voluntad que no comprende demasiado y por lo tanto no opina. Su aparente desapego afectivo me persuade de que todo es normal y lógico y que sus relatos son apenas una crónica de algo que puede ocurrirle a cualquiera.

Estoy perpleja, Kafka me acosa con sus dobles mensajes: «El yo-no-me-meto» se transforma en «Nadie-está-a-salvo» (Hopenhayn). Me pregunto: ¿Qué tengo que ver yo con Kafka? Este cuento, como el resto de su obra, enriquece mi conciencia de los sistemas totalitarios, así como la reflexión sobre la posibilidad de una libertad conquistada y siempre negada por estos mismos sistemas de poder y de control.

Kafka testimonia la decadencia de valores e instituciones propia de nuestra época. Gestos, vínculos, una cultura en descomposición. La frivolidad, los caprichos, el absurdo de la culpa, voces cargadas de reproches y acusaciones. El dolor inútil. Sustrae disfraces. Violenta. Desmistifica. Administra contrastes entre delitos, acusaciones y castigos. Pone al descubierto la represión, la persecución y la injusticia imperantes.

La cultura, los otros, pretenden hacerme creer que ellos son los verdaderos y que yo soy irreal, o sea nadie. Es grande la herida al hacerme dudar y desesperar de mi existencia. Esta sociedad persecutoria y decadente me estimula a condenarme con mis propios ojos. *¿Se trata, entonces, de ser amorfo, lo más rápidamente posible?* Creo que en realidad se trata de no dejarse desviar por las confusiones, las dudas, los miedos, la culpa, los divorcios y las inconsecuencias. *El ejercicio constante es evitar, eludir lo que intenta sacrificarnos.*

Habito un mundo de belleza santificada y heredada de los muertos, mundo en el cual creo que puedo moverme diariamente con una vaga

ilusión de seguridad y de pertenencia. Sin embargo, a través de Georg Bendemann me rescato a mí misma, recupero el límite de mis miedos, la profundidad de mis deseos y el extremo de mi conciencia. Me reconozco en un mundo despersonalizado y cruel donde la indiferencia y el poder son homogéneos con el desapego kafkiano para describir desgracias.

En contradicción con él, Kafka describe un espacio totalitario carente de belleza. Un mundo sin salida, clausurado y opaco. El suicidio, la culpa, la impotencia son respuestas a este universo deshumanizado. «Toda literatura es un avance contra las limitaciones», dice Kafka.

Obediencia y suicidio

Me siento a salvo escribiendo. Me libero del mandato de obediencia y neutralidad que esta cultura me impone. Me niego a ser uniformada y absorbida por sistemas de control. La ruptura se transforma en tema literario. La realidad que se impone a la creación la nutre y la fortalece. «No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si vale o no la pena vivir la vida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía» (Camus). Este cuento me ofrece la posibilidad de reflexionar sobre un problema que me interesa: ¿cuál es la lógica del suicidio?

Todos, o casi todos, hemos pensado alguna vez en el propio suicidio como una solución posible a la presencia del absurdo en nuestra vida. Juego inhumano, donde la muerte y la esperanza intercambian argumentos. «Matarse es confesar», dice Camus. Confesar que uno ha sido superado por los obstáculos y las dificultades de la vida, que no se la ha comprendido, o que se ha reconocido, aunque sea inconscientemente, el absurdo de ciertas convenciones, la ausencia de racionalidad en gestos y conductas, la pérdida de los significados fundantes de nuestra propia existencia, el carácter insensato de la agitación y el aturdimiento. El suicidio es, a veces, ese lugar incierto, sin agua, donde la lucidez puede llegar a sus propios confines.

El suicida es alguien que, tras haber sido condenado a muerte, acepta el veredicto, como Georg Bendemann, y obedece.

Nos enseñan que la obediencia es buena y la desobediencia es mala. «La historia humana comenzó con un acto de desobediencia y no es improbable que termine por un acto de obediencia» (Fromm). Es la humanidad la que se suicida obedeciendo a quienes ordenan guerras y holocaustos. Obedeciendo a las pasiones primitivas del miedo, la violencia y la posesión. Obedeciendo a los razonamientos absolutistas de supremacía y control.

Aparentemente el mundo no puede ofrecer nada más a un sujeto angustiado, que cree haberlo agotado todo. La irracionalidad de los mandatos ancestrales, la nostalgia de los paraísos perdidos y el absurdo de nuestra cotidianeidad son los elementos fundantes del drama que aniquila la lógica de que es capaz una existencia.

Vivo y pienso en los desgarramientos, en la lógica humillada, en el pensamiento sumiso y en la lucidez triunfante. Trato de preservar lo que me abruma porque necesito sondear las profundidades de cada experiencia, respetando el proceso y el resultado de mis investigaciones. *No quiero suicidarme, quiero multiplicarme.*

He estado triste muchas veces en mi vida. Ignoraba o negaba lo que percibía y esperaba, simplemente esperaba. Creo que he pasado más de la mitad de mi vida malentendiendo, sobreentendiendo y callándome. Estaba segura de que el sentido de la existencia pasaba por obedecer algún mandato, perseverando en él durante largo tiempo, en una obstinada repetición de gestos e itinerarios. He podido comprender que permanecía a la espera de la vida porque vacilaba en nacer, dudaba, carecía de tarea. La vida se había convertido en algo tan problemático, que se resistía a una comprensión más amplia.

Lo absurdo está siempre, desde el comienzo. Absurdo es permanecer y sostener lo agotado. Se trata de que el dolor nos permita desmitificar vínculos e instituciones anacrónicos, formas y gestos rígidos. Se trata de desenmascarar lo que las ideologías totalitarias e inmolatorias de este mundo moderno insisten en enmascarar. ¿Somos testigos lúcidos o inconscientes de esta época que nos ha tocado vivir? Para mí ser testigo es ser conciencia, no la conciencia que ya tenemos sino la que todavía nos falta conquistar.

Antagonismos, poder y culpa

En la obra de Kafka, como en la sociedad que habito, me encuentro a menudo frente a dualismos infranqueables: hombre-mujer, grande-chico, acusado-justicia, padre-hijo o bien madre-hija, público-privado, extranjero-castillo, sociedad-individuo. Estos dualismos antagónicos representan ideologías irreconciliables que no consiguen mediación alguna. Mundos divorciados que no toleran escucharse ni pueden comprenderse, separados por un muro similar al que Kafka construye entre padre e hijo.

Me pregunto: ¿qué sucede con los juicios de valor? Se volatilizan. Poseer es nuestra manera de amar y de conocer. El gran valor en juego es el poder. «Hágase lo que se haga, siempre resulta lo que no hay que hacer»,